

RELIGION Y PATRIA

Fundado en el año 1906

Gijón, noviembre de 1958

Núm. 1.077

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales.
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

CUENTOS DE DIFUNTOS

TE advierto, lector, que este es un cuento heterodoxo. No diré que debe ser quemado por mano de verdugo; pero sí que debe ponerse al margen la vieja advertencia de precaución: «Caute legendi»...

Aunque no se expresa sobre esto muy claramente, parece ser que el Dante admite que hay en las almas de los bienaventurados que se van al cielo, en tanto no llega el día de la resurrección de la carne y vuelven a enfundarse en el cuerpo glorificado, como cierta tendencia nostálgica hacia la vieja carne de la cual «fui revestida la nostra persona».

Sin duda, es por eso por lo que don Celedonio García, propietario, y don Aurelio Ruiz, poeta, que murieron el mismo día y entraron juntos en la gloria, sentían aún cierto vago apego hacia lo que en este mundo habían dejado. Don Celedonio, hombre bueno y sencillo había dejado a su mujer, con la que se había casado teniendo ya cuarenta años y a la que había dedicado todo el ímpetu de su amor otoñal como si quisiera resarcirse en poco tiempo todo lo que había perdido antes. Don Aurelio había dejado sus libros y había dejado, sobre todo su gloria que, como el sol en día de borrasca, después de mil ingratitudes y desengaños, había empezado, según él, a abrirse paso en la vida, precisamente cuando la muerte le sorprendió. Y digo «sorprendió» porque hemos convenido en que la muerte, que es la única cosa que todos podemos esperar con certeza, «sorprende» a todo el mundo.

Pues bien, don Celedonio y don Aurelio se hicieron amigos, y solían darse juntos grandes paseos por las nubes que alfombraban las mansiones celestiales. Don Celedonio y don Aurelio, con esa franqueza transparente propia de los espíritus puros, se comunicaban llanamente sus impresiones. No sentían tristeza, porque eso no es posible en aquel sitio; pero notaban todavía, en el fondo de

sus espíritus luminosos, cierto recóndito apego a lo que habían dejado por aquí.

Don Celedonio se extendía contando a don Aurelio, como si lo saborease, los recuerdos de su «dulce Petronila»; su virtud, su modestia, su sencillez. De vez en cuando, don Celedonio descendía con efusión a algún detalle menudo.

—¡Ah, si usted viera, don Aurelio, con qué primor hacía los bizcochos borrachos!

Temía don Celedonio que su Petronila estuviese altamente desmejorada. Era muy sensible. Cualquier preocupación sobre su Celedonio—porque no había de negar que le había amado extraordinariamente—la hacía enflaquecer y ponerse amarilla. ¿Qué sería ahora tras su pérdida? Y luego añadía don Celedonio, con gesto preocupado:

—Temo que se haya descuidado en tomar el «tónico reconstituyente», que también le sentaba. Porque era muy dejada para esto de cuidarse, ¿sabe usted, don Aurelio? ¡y no estando yo para ir por toda la casa detrás de ella con el tarro y la cuchar!

Estos detalles íntimos emocionaban a don Aurelio y desataban también su locuacidad confidencial.

El reconocía que sus versos no habían tenido, en vida, extraordinario éxito. ¡Envidias, miserias! Pero estaba seguro de que, después de su muerte, se le había hecho una reivindicación póstuma, como a Bécquer. Se había comprendido todo lo que había oculto entre las rimas de sus «Sonetos pastorales».

Estaba seguro de que ahora tendría una calle en su pueblo. Porque, en vida, su pueblo fué injusto. No logró ningún homenaje espontáneo para su libro. La única distinción que logró le avergonzaba ahora. Fué por una influencia. Era amigo suyo Sánchez, el diputado, y cuando publicó los «Sonetos pastorales» le consiguió la Cruz de Mérito Agrícola. Una aberración.

Pero ahora, no; estaba seguro de que el Ateneo de su pueblo había celebrado una función necrológica. Como si lo viera. El Alcalde..., el Arcipreste..., los sillones de terciopelo del salón de sesiones llevados al teatro..., unos discursos.... Al fondo, sobre una bandera española, su retrato.

¡Ah, porque era indudable: López Mínguez había pintado su retrato! López Mínguez pintaba en su pueblo a todos los muertos ilustres. Le parecía verse. Una corbata roja, un alfiler con una perla... (El nunca tuvo a filer con perla, pero López Mínguez no concebía pintar a nadie sin una perla en la corbata). Luego, una mano en el bolsillo del chaleco; esto era de rúbrica. Luego, el otro brazo muy extendido, como buscando algo en una mesita con tapete rojo que tendría al lado. En todos los cuadros de López Mínguez parecía que pasaba lo mismo; el brazo del personaje se extendía rígidamente hacia la mesita roja; pero la mesita roja resultaba siempre baja. Y entonces López Mínguez pintaba sobre la mesita dos oportunos volúmenes de lomo azul, que salvaban la distancia entre el brazo y la mesa.

Así en medio de los salmos angélicos y del cántico de las esferas, la vaga nostalgia de la carne de que habló Dante, ponía en los labios de don Celedonio y don Aurelio menudos recuerdos insignificantes.

Al fin, un día don Celedonio y don Aurelio se comunicaron mutuamente:

—Me sería muy grato ver a mi pobre Petronila en el dolor de su viudez. Y a mí me encantaría presenciar un instante mi gloria póstuma.

Dicho esto, ambos decidieron ir a demandar licencia a San Pedro, el celeste portero, que era el encargado de estas cuestiones.

San Pedro los recibió en su portería, detrás de su pupitre, donde se ordenaba el registro de entrada. El apóstol se subió las gafas sobre la frente y les preguntó suavemente su deseo.

Don Celedonio y don Aurelio expusieron tímidamente sus pretensiones.

El rostro barbado del apóstol se dilató en una sonrisa bondadosa, donde vagaba toda la tolerancia de su experiencia secular.

Trató primero de hacerles desistir, diciéndoles que había muchas licencias pedidas; pero luego, viendo su insistencia permitió:

—Bueno, bueno, hijitos; el día de difuntos tenéis licencia para dar una vueltecita por la tierra. Hay que volver a las doce. Que sean ustedes puntuales hijitos.

Don Celedonio y don Aurelio salieron radiantes y agradecidos. El apóstol movió la cabeza sin abandonar su sonrisa, y volvió a su registro de entrada, repitiendo en alto, mientras iba escribiendo en las diversas casillas y columnas:

—«Nombre del admitido», Juan Pérez.... «Profesión y estado», dependiente y casado; nueve hijos... «Clase de admisión», por derecho propio....

En la madrugada del día de difuntos, don Celedonio y don Aurelio bajaron a la tierra. Como dos chichuelos en día de vacaciones, hablaban atropelladamente de Petronila, de los bizcochos borrachos, del Ateneo, del retrato póstumo...

Serían aproximadamente las diez de la mañana cuando ambos aparecieron de vuelta en la portería celeste. San Pedro se dirigió a ellos, sonriendo siempre y acariciándose la barba.

—Pero, ¿qué es esto, hijitos? ¡Tan pronto por aquí!

—Sí, no queríamos abusar....

La sonrisa del apóstol se hizo más intensa.

—No, hijos míos; no es abuso. ¿Y qué tal esa doña Petronila? ¿Inconsolable, eh?

—Sí, sí; ¡figúrese...., lo natural!... ¡Claro que el tiempo atenúa todo!...

Don Celedonio calló en un silencio embarazoso. Luego, San Pedro continuó:

—Y ese Ateneo, ¿qué tal? Y esos libritos, ¿tienen mucho éxito?

Don Aurelio emitió lacónicamente unas palabras:

—¡Psh! ¡No van del todo mal! ... Claro que los tiempos...

Y como don Celedonio se sumió en un profundo silencio, ambos bajaron los ojos.

El apóstol los envolvía en una sonrisa, aguda y penetrante como un alfiler. Luego se dirigió al pupitre.

—Bien, bien, hijitos; os apuntaré desde ahora para poder dar otra vueltecita el año que viene.

Ellos le interrumpieron:

—Por mí no se moleste.

—No vale la pena.

El apóstol sonreía siempre.

—No, no, hijitos; con mucho gusto.

Pero ellos insistieron:

—Déjelo, déjelo... Comprende-

mos que hay muchas peticiones. No vale la pena...

Y salían de la portería envueltos en la larga sonrisa del apóstol, que era ahora un poema de bondad comprensiva

Desde aquel día, don Celedonio y don Aurelio no volvieron a cuchi-
chea más por los rincones de las
nubes sobre la dulce Petronila y la
gloria póstuma.

¿Qué vieron don Aurelio y don
Celedonio por la tierra?

No lo sé, querido lector, Pero
pienso que comprendieron aquel día
que entre las grandes venturas de la
patria celestial, no es la menor de
todas la de no volver a ocuparse de
lo que dejamos de nosotros por este
bajo mundo después que nos va-
mos de él.

José María Pemán

JUAN XXIII

*«Fuit homo missus a Deo, cui nomen
erat Joannes. Hic venit in testimonium,
ut testimonium perhiberet de lumine, ut
omnes crederent per illum».*

*Hubo un hombre enviado de Dios, cu-
yo nombre era Juan: este vino como tes-
tigo para dar testimonio de la luz, a fin
de que por él todos creyesen.*

(Principio del Evangelio de San Juan),

(SONETO)

Oh Cristo, ya llegó el hombre enviado
por Tí; su nombre es Juan, y él ha venido
Vicario o Precursor, porque has querido
Tú, ante nosotros, ser testificado.

Abranos él la luz que nos has dado,
y guíe nuestros pasos con sentido,
y en el mundo por él seas conocido,
y en el mundo, por él, glorificado,

Dentecostés de afán y de ansiedad,
en esta nueva Pascua del Señor
que ya consuelo dió a nuestra ofandad.

Nave y rebaño guíe el Buen Pastor
y Navegante, y que obediencia y Paz
sea el lema en que se ampara nuestro ardor

Hermenegildo Rodríguez

Estampas Biblicas

La Virgen de Sión

MARIA, a la edad prefija por sus
padres, ya tenía deseos de consagrarse
al templo como las vírgenes de Israel,
y los parientes de *Joaquín* se disponían
a acompañarla gustosos, según costum-
bre que había

Salió, pues, la caravana de Nazareth
al despuntar el día rumbo hacia Jerusa-
lén. Los viajeros proseguían las pen-
dientes del Carmelo que el río Cisón

fertiliza por las llanuras del Saron
con sus tierras areniscas; invernadero
perenne de la Galilea israelita, sembra-
do por todas partes de abetos, naranjos,
piñas

A la ciudad populosa de Jerusalén la
invicta los caminantes llegaron en jor-
nadas de fatiga, y por la puerta de
Efraím entraron con alegría.

Pocos días después, los padres que
sus parientes seguían ataviados con el
traje de gala, al templo encaminanse.
Joaquín llevaba en sus brazos el corde-
ro que debía ser ofrendado al Señor.
Ana, conducía a su hija de la mano,
y en las suyas, como lirios pequeñitas,

la Santa Niña portaba sonriente y graciosa envuelta en un blanco lino la clásica flor de harina para el sacrificio.

Oigamos cómo el abate Orsini explica la entrada en el Santo Templo de la *Virginal María*.

«El patio externo al cruzar el séquito familiar, se vió que iba aumentado de manera singular por gentes curiosando.

«Eran sirvientes del rey, escribas y fariseos, los doctores de la Ley, damas luciendo trofeos, como alhajas de carey.

«La divina Providencia le plugo reunirse allí tan grande magnificencia, para sea honrada así la Inmaculada Pureza de *La Virgen de Sión*; al pié del ara postrarse de hinojos con devoción, y a Dios Padre consagrarse en el templo de Salomón.

«El cortejo distinguido un momento hizo parada ante la marmórea grada del pórtico. Acto seguido, la puerta aún entornada, los fariseos al instante con altivez disonante sus *talets* (1) allí extendieron y con ellos se cubrieron en actitud arrogante.

«Los centuriones romanos aguerridos, ostentosos, sus uniformes vistosos y adarga y sable en las manos orden ponían celosos.

«Las vírgenes del Templo, de sumisión dando ejemplo, con los tules del vestuario veláronse por respeto a los ángeles del santuario.

«Después la puerta giró sobre sí, y se franqueó de par en par. La novicia, causa de tanta delicia, tal séquito la siguió.

«Era todo venerable en la Casa de Jehová; majestuoso, irreprochable, de riqueza inigualable, de esplendor y santidad.

«Sacerdotes y Levitas (2) de las gradas al confín, han recibido por fin la propiciatoria víctima de las manos de *Joaquín*.

«Unos y otros celebrantes no se cubrían con turbantes, ni la diadema fulgente ni el laurel ceñían su frente cual poetas o gobernantes.

«Una mitra redondeaba de un tejido tisú y oro, blanca túnica bordada en plata y fino avalorio, solo en el templo era usada.

«Degollado ya el cordero y hecho trozos el infausto, lavado fué con esmero, poniéndolo entre romero sobre ancho y bronceado plato.

«Luego, el sacrificador, vertió allí incienso y sal que le dió otro servidor; ambas cosas de rigor para la oblación ritual.

«El sacerdote oficiante, la humilde ofrenda llevando, el suave tramo rasante subió descalzo rezando las preces del consagrante.

«Libaciones preparó de vino y san-

(1) *Talets*. manto cuadrado que llevaban los judíos para hacer oración y con el cubrían la cabeza.

(2) *Levitas*, eran los servidores del templo descendientes de la tribu de Leví.

gre; arrojó a la crepitante llama que el holocausto derrama, un poco de harina en flor en copa de oro desleída con puro aceite de oliva. Y la víctima inmolada cabe el fuego colocada, fué en sacrificio ofrecida.

«Trompetas sacerdotales, sus sonidos especiales se oyeron continuamente por los pórticos. Crugiente aún ardía en espirales el fuego sobre el altar de bronce, cuando un ministro del templo, en traje pluvial, al atrio de las mueres bajó para terminar la sagrada ceremonia con toda solemnidad.

«*Ana y Joaquín* se acercaron al ministro en actuación: la Madre a su Hija llevaba en brazos, llena de amor, y la cabeza cubierta con un velo de crespón.

«Se adelantó hacia el Pontífice con toda venación presentándole sumisa la Sirvienta del Señor, conmovida pronunciando esta tierna invocación:

«*¡Yo vengo aquí a ofreceros el presente que el buen Dios me ha hecho. Reconocedle!*

«El jerarca hebreo aceptó gustoso, en nombre del Angel que fecundiza el valor en el seno de las madres, aquel tan precioso dón, aquel bendito depósito de afecto que se le confió; y a los dos santos Esposos compartió su bendición.

«Acto continuo, las manos sobre la asamblea extendió que respetuosa inclinábase, y la bendición les dió mientras un salmo entonaba.

«*¡Oh, Israel;—exclamó,— dirija el Eterno Padre hacia ti todo el fulgor de su luz; hágate siempre prosperar con efusión en todas las cosas dignas con la más sana intención, y concédale la paz del alma y del corazón!*

«Cántico de acción de gracias al Altísimo siguió, bellamente acompañado por una potente voz y el arpegio de las arpas que en los atrios se esparció conmoviendo a los oyentes. Y así LA PRESENTACION DE LA VIRGEN aún tan niña felizmente concluyó».

Esta fué la ceremonia santa que se celebró un veintiuno de noviembre en el templo de Sión.

El patriarca Zacarías príncipe por elección del sacerdocio, y pariente de *Ana y Joaquín*, recibió a la tierna Virgencita, nueva Sierva del Señor, de los brazos de su madre, para en la Casa de Dios aquel divino tesoro depositarlo en unión de otras dignas compañeras acogidas con fervor.

Y con ellas y a su lado la Santa Niña quedó. Se retiraron sus padres, y el gentío se disolvió.

Por la adaptación:
Moisés García Fernández

(En la próxima *estampa bíblica* daremos a conocer, Dios mediante, la estancia de la Virgen María en su retiro del templo hasta la edad de quince años, fecha de sus desponsorios).

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

... Y vendrá el tiempo en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios ... ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?

Esta es la terrible verdad que habrá de venir.

Todos morirán, pero todos, también resucitarán y se presentarán ante el Tribunal de Dios que juzgará sus actos.

Momento terrible y de gran inquietud.

Aún vivís, luego aún es tiempo de morir tranquilos y esperanzados cuando llegue a nosotros la llamada del Juicio Final.

...
¿De qué sirve la despreocupación ante un hecho fatal?

La muerte parece lejana y sin embargo está próxima. A nuestro alrededor aparece frecuentemente llevándonos personas queridas, amigos de muchos años, conocidos a quienes considerábamos, muchas veces, con mejor salud que nosotros, y de pronto, una mañana, la muerte que sorprende.

En este tiempo en que la Iglesia recuerda con más insistencia a todos los cristianos ese momento fatal, es momento de aprovechamiento de consejo, ya que no siempre lo hemos de oír, y tampoco, será cierto que un próximo año podamos escucharlo. Puede ser siempre este el último año de nuestra vida.

Nos ocupamos de negocios, de política, de juzgar los tiempos malos o buenos de una época, es posible, nos llene de preocupación excesiva el resultado de una competición deportiva, alterando el valor de las preocupaciones, al dejar la más importante olvidada o despreocupada en absoluto de nuestros problemas. Terrible necesidad la despreocupación de lo que sabemos es inevitable.

Ante el problema de la muerte no es miedo lo que debemos de tener, sino decisión, valentía y ánimo para resolverlo. El miedo no nos resuelve este asunto, es el enfrentarse con él como podemos tenerle menos miedo, más tranquilidad y más esperanza. Vivamos de acuerdo con la Ley de Dios y nuestra conciencia nos tranquilizará y hasta nos quitará el miedo. Ya El nos ayudará con su misericordia y su gran bondad.

Confiemos en Dios, pero pongamos nosotros cuanto esté de nuestra parte para que la Gran Misericordia Divina decida nuestra suerte futura por toda una eternidad.

...
Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor.

Comentando

PIEDRA

Nos ha llegado el regalo de Dios. eso significa en su origen hebreo, su nombre: Don gracioso de Dios; Dios dió graciosamente; la gracia de Dios. Y eso es, en efecto su enviado a nosotros. Su gracia fluctúa entre la varonil e indomable del Bautista y la emotiva y amorosa del Evangelista. Pero siempre Piedra, que como regalo de Dios ha de ser Piedra preciosa. Su paternal bondad, la sencilla humildad llena de amor y de obediencia de su corazón es la roca inmovible del amor que sabe infundir amores y que sabe morir por un ideal santo. Fortaleza en el amor, como la del discípulo Amado, que supo sufrir y amar, y que supo ser fuente perenne de alturas inconmensurables de belleza y placidez viril en su Evangelio. Y la indomable fortal hecha a las mil esperanzas de las sendas desérticas y a la soledad ante los peligros sin defensa, sin temores al mal, llena de esperanzas y de alegrías y de fé, que no son otra cosa que la seguridad de sus amores.

El Bautista y el Evangelista se han dado cita hoy en la tierra, y Juan XXIII es la Piedra del amor paterno, inquebrantable ante los embates del mundo. Su corazón es roca que sangra, pero que no se quebranta; de sus labios han salido en los pocos días de su ya glorioso pontificado definiciones inequívocas de lo que ha de ser su pontificado. No busquéis en El otra cosa de la que hay en El. Su camino, alumbrado por la antorcha privilegiada de San Carlos, es el camino del amor que sabe morir si es preciso, pero un amor que sabe ser de roca viva, sin transigencias ni mediaciones.

Roca que en las bonanzas será lamida cariñosamente por las tranquilas aguas de la mar y acariciada por las suaves brisas del viento, y que en las tormentas sabrá aguantar las fieras embestidas del huracán y de las procelosas y empinadas aguas. Juan XXIII, será siempre amor y roca. Los dos Santos Juanes, unificados en su persona, han de ser un ideal de pontificado. El lo ha dicho; como Jesucristo lo ha dicho: nada inventó, sinó que ha traído al día de hoy la misma lección de suprema humildad del Divino Maestro. Yo soy el Buen Pastor.

Y eso es Juan XXIII, el Buen Pastor, de corazón de padre y de alma de roca, que seguirá siendo el Precursor de Cristo y el Evangelista de Cristo. En la firmeza sin mutación, y en la enseñanza inmutable. Libro abierto a todos los vientos, para que en todos los continentes pueda ser leído, y roca imperdurable donde todos podamos acogernos en tiempos de tempestad.

Buen Pastor que con amor nos conduzca y con entereza nos corrija. Que en sus paternales brazos nos ampare y en la entereza de su alma nos guíe. El Buen Pastor que siguiendo su lema de Obediencia y Paz, nos hará fácil la roca de la sumisión y Obediencia, y nos

Antigua Funeraria

-- DE --

Feliciano Rodríguez

(Fundada en 1884)

La más antigua de la provincia**Moros, 40 Telf. 17-20****G I J O N**

brindará la Paz del amor de Cristo para eternidad de eternidades.

Que Dios nos lo conserve muchos años en su lección de fortaleza y amor, como las del Precursor y del Evangelista.

HERO

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

ALMACENES LA SIRENA**J. A. M. S. A.**

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA

CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

JOYERIA-PLATERIA-BELOJERIA**Vda. de Melchor Osorio**Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3232

Arbués**Materiales de CONSTRUCCION****Planchas ACANALADAS**

de CUBRICION

CARBONES

Covadonga, 27 Teléfono 1817

La**Caja de Ahorros de Asturias**

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Poia de Gordón (León)

IMP. LA VERSAL - GIJON